

EL TEATRO EN EL JAPON

Mariano Lebrón Saviñón

EL JAPON, DONDE NACE PLATA FINA QUE ILUSTRADO SERA CON FE DIVINA



SI habla Camoens, el poeta épico lusitano, en su *Os Lucíades*. Y aunque este último verso se refiere a la predicación del Evangelio, que debía resonar en sus misteriosas pagodas desde la garganta de los misioneros, pueden también interpretarse como un genial vaticinio de los grandes progresos que esta prodigiosa nación ha logrado en nuestros días, al asimilarse y aprovechar, aun sahumadas, las conquistas civilizadoras de Occidente.

Es el Japón un semillero de islas luminosas, a las que el sol, como gigantesco orfebre desde el cielo, dora los lomos encrespados, haciendo blonda la frente cana del alto Fujiyama, cuna perenne de trágicos amores torrados por el sol. Porque de aquí, de estas islas flotantes del pielago bravío parece emerger cada mañana el Astro Rey; no hay que extrañar entonces que se las llame las tierras del Sol Naciente.

Las cuatro grandes islas principales se agrupan formando un bello arco frente al continente asiático, del que las separa el estrecho de Corea. Pero su faz risueña no mira hacia el continente, sino hacia el Pacífico que se dilata, llevando en su viento los aromas de los cerezos en flor.

En este paraíso encantado el hombre vive en eterna comunión con la naturaleza.

El sentimiento de la naturaleza del japonés — según el Conde de Keyserling — corresponde al sentimiento cómico del indio y la coincidencia armónica del chino y tiene relación con su yo profundo. Por eso al occidentalizarse deja, como el iceberg, todo lo que no emerge en su tradición más entrañable. Pueblo de añejas tradiciones fecundas, posee un teatro de caracteres muy particulares.

La institución del teatro tiene para el Japón, como espectáculo influyente en la vida social del pueblo, la misma importancia que para Grecia. Y posee algo que lo hace distinto al griego: supervivencia, con una ininterrumpida tradición de trece siglos. Japón, y este es el gran milagro, ha mantenido vivo desde el Siglo VII, todas las formas dramáticas que han sido su orgullo y su gloria.

Junto a sus templos se celebran representaciones teatrales que se componen de acción, baile y música. Acción más que nada milenaria.

Las representaciones regias ocurrían en el llamado GAGAKU-RYU (Conservatorio de la Danza y la Música de la Corte Imperial). Es el GAGAKU-RYU el más antiguo de todos los conservatorios del mundo y quedaba en el seno del Palacio Imperial de Tokio. Tiene una historia regia y egregia.

Fue fundado en el siglo VII japonés por un emperador que se propuso con este paso conservar las tradiciones chinas e hindúes que les llegaron como corrientes musicales magníficas a través del budismo. Esas representaciones eran entonces exclusivamente imperiales y solamente la élite cortesana podía disfrutarlas. Por eso se las consideró arte palaciego de alta jerarquía, pero inaccesible para el pueblo.

Hoy, sin embargo, el GAGAKU-RYU se ha hecho popular, sobre todo para la gente curiosa e investigadora que tiene abiertos los archivos del viejo Conservatorio y estudia con ansiedad los tesoros que ocultan, las viejas canciones, las danzas milenarias, los versos iluminados que por siglos y siglos sonaron en los ámbitos orientales de las mágicas islas.

“Los japoneses pretenden —dice J. Vicente Arnal— que este arte escénico, música y danza, llegó al Japón procedente de la India, a través de la China, y que a la vez había llegado a la India por la cultura alejandrina. Si así fuese esa música sería la más fiel transcripción de la música griega, perdida en el resto del mundo y conservada en el Japón como un verdadero milagro”. (Japón-Enciclopedia del Teatro”).

Entre los géneros dramáticos que durante siglos han tenido vigencia en el Japón se mencionan: el KABUKI, nacido en el Siglo XVII, es decir, en el que fue Siglo de Oro europeo, y los géneros NO y KIOGEN, que van del Siglo X al XVI.

De los tres géneros el KABUKI, es el popular. Gusta tanto en el Japón como los sainetes de Arniche y los dramas de los hermanos Quintero en España, o los de Franklin Domínguez entre nosotros. Todavía un drama perteneciente a este género atrae multitudes al teatro donde se representa.

Como sucede con los otros géneros japoneses —y en cierto modo el chino y alguna comedia india— el KABUKI no es sólo diálogo y acción, sino también música y danza. Como si dijéramos, opereta y ballet, a un tiempo. Por eso tiene atractivo para el occidental y nosotros tuvimos oportunidad de gustarlo en Buenos Aires —donde aunque no conozcan el idioma, se solazan con el espectáculo que es una deleitable experiencia. Los japoneses pueden ver todas las obras del KABUKI escritas desde el Siglo XVII hasta nuestros tiempos, centenares de ellos siguiendo una línea tradicional.

Aunque hay actualmente muchos autores de KABUKI, sus siglos de oro fueron el XVII y el XVIII, como lo fueron para el teatro de España el XVI y el XVII. Del Siglo XVI es el teatro de marionetas —único en el mundo— llamado BURANKU. No fue este género popular como el KABUKI, sino aristocrático. Burgueses y aristócratas gozaron de él con rara delectación. Su vida fue efímera por lo estilizado de sus temas y lo serio de los argumentos. Sólo se siguen representando obras de este teatro de marionetas en la ciudad de Osaka, quizá el primer centro cultural del Japón, donde actualmente se celebran grandes festivales de música clásica europea, incluyendo óperas Wagnerianas

con el elenco de Bay reuth. En esta ciudad se conserva desde los elenco de Beiruth. En esta ciudad se conserva desde los comienzos de BURANKU, el célebre teatro BURANKU-LA, que hemos visto en filmes cinematográficos japoneses de gran alcance y en documentales, el cual gozó del estreno de los grandes dramaturgos nipones contemporáneos de Shakesperare, Lope de Vega y Cervantes. Alboreaba nuestra vida y apenas oíanse en Santo Domingo, la Primada de América, los célicos balbuces de Leonor de Ovando y quizá el gracejo – en correcto español – de los entremeses de Llerena, cuando estaba Japón, milenario y gentil, en la cima de la aristocracia teatral.

Anteriores al KABUKI y el BURANKU son el KIOGEN y el NO. Tampoco fueron teatro popular, sino de minoría, pues les faltaba el elemento frívolo de lo cotidiano que caracterizó al KABUKI. Los japoneses tienen mucho respeto por su teatro y lo han mantenido orgullosamente, en el entendido de que éste es fruto único del teatro universal.

El NO es también teatro de minoría, enigmático, filosófico y religioso, abstracto y simbólico, y todos sus argumentos están henchidos de fantasía y de idealidad. También es drama y música. Como el antiguo drama griego, es misteriosa acción cantada.

El KIOGEN, de la misma época que el NO, es el verdadero entremés nipón. Se escenificaba entre una y otra representación del NO, y en el mismo escenario, y, como el entremés español, es corto y cómico, de situaciones absurdas y risibles.

De la misma manera que los ingenios del Siglo de Oro español buscaron argumentos en el rico manantial del romancero, los indios en la fontana fresca y rumorosa del RAMAYANA y los grandes trágicos griegos en el inagotable tesoro de su Mitología, los autores del NO se inspiraron en la obra cumbre de la literatura japonesa: GENJI MONOGATARI (“Narraciones del príncipe Genji”), escrita en el siglo XI por una eximia mujer de la corte imperial, Murashaki Shikibu, que en aquel Siglo esplendoroso, de luces fulgentes y refinamientos

sin par, brilló como un radiante sol entre una gran constelación de escritores y artistas.

La escuela más notable del NO, y que alcanzó la protección oficial en el Siglo de Oro, fue la escuela KANSE, bajo la dirección de un hombre singular y admirable: KWANAMI KIYOTSUGU. Este gran escritor y artista tuvo un mecenas formidable en el príncipe ASHIKAGA YOSITMTZ (1360-1408 DC) quien no sólo lo protegió empujándolo hacia la fama, sino que crió en su corte y educó casi como cosa suya al hijo de KIYOTSUGU, quien llegaría a ser la más alta personalidad del NO, esto es SEAMI, a quien cupo la gloria de llevar el género a su más alta expresión.

Padre e hijo fueron los más grandes poetas dramáticos del NO: a Kyotsugu le llamaron el Esquilo japonés, y a Seami el Sófocles. Si bien el hijo ni nadire en el Japón pudo alcanzar la fuerza dramática y el empuje lírico de Kiyotsugu, Seami logró darle unidad y secuencia teatral al drama. Estos dos artistas no sólo crearon, sino que se dedicaron a una ardua labor de revisión de todo lo que se había escrito hasta entonces en el género, perfeccionando su calidad y escardándolo.

Entre las obras más cotizadas de Seami todavía se repite y admira la titulada: KWADENCHO.

De Seami dice Vicente Arnal: "Fue así un maestro del NO en todos sus aspectos: gran autor, actor, compositor de música, a la vez profesor. De los 241 dramas NO actuales, 93 les son atribuidos".

El KIOGEN tiene el mismo origen que el NO, sólo que aquél, como queda dicho, es una farsa cómica, a manera de las que en España inmortalizó el genio de Cervantes. La voz de Kiogen significa "palabras locas" o "palabras vanas"; o como si dijéramos "pasatiempo".

El más popular y famoso autor de Kabuki fue Chikamatsu (1653-1724) del cual conocemos el resumen de algunos de sus argumentos. Le han llamado el William Shakespeare japonés. Se han apuntado algunas semejanzas entre el japonés y el primer trágico del mundo. ¿Qué podía tener Chikamatsu de común con Shakespeare? Veamos. El gran dramaturgo nipón enriqueció el

idioma japonés con una buena copia de bellísimos vocablos que usó en sus obras —por lo que también podría comparársele en este aspecto con el Manco de Lepanto— fue, como el inglés y como Tirso de Molina, un creador de caracteres definidos, que se han incorporado como símbolo de su literatura; fue —como Esquilo y como Racine — divulgador pasiones y elevados sentimientos humanos propios de su época.

Muchos creen que este Chikamatsu, cuya vida yace, en gran parte, en la sombra, fue un sacerdote budista. Pero la versión más socorrida es que se trata de un samurai al servicio de un cortesano generoso. Nadie sabe tampoco dónde nació. Pero no cabe la menor duda de que perteneció a una distinguida familia y recibió una esmerada educación.

Uno de sus temas preferidos era el de los amores desventurados que culminan en tragedia. Con el drama “Suicidio de los enamorados”, según sus compatriotas, llega a la cima de la perfección. Se trata de dos enamorados que, desesperados por la búsqueda incansable de la felicidad, en este mundo de miserias, deciden buscarla en la vida futura, y se suicidan. Este tema del doble suicidio por amor era frecuente, no sólo en la literatura, sino también en la realidad, y era cosa sólita que los amantes adolescentes, que luchaban con la oposición paterna, fueran al teatro de Kabuki, para ver, entre llantos románticos, la representación de su propia tragedia. Algunas veces, la emoción del drama los llevaba al suicidio. Otro gran drama, de tema parecido, de Chikamatsu y que algunos catalogan como su mejor obra, es el titulado: “El Suicidio de los Enamorados de Amijuna”. Parece que esta tragedia de amor se basa en un hecho histórico que sucedió en Amijuna, pueblo de Osaka, la gran ciudad del Kabuki, en 1720, siendo los protagonistas un rico comerciante y una cortesana, a quienes la diferencia de casta trató de separar.

En el Siglo XVIII brillaron tres dramaturgos que formaron una fecunda trilogía: Takeda Izumo (1695-1751), Miiyosai Shoraku (1696-1775) y Namiki Senryu (1695-1751). De la unión de estos tres autores surgieron obras tan impresionantes como la Liga de la Libertad. Esta es la más divulgada de las

obras japonesas, incluso en otras lenguas. Conocemos una traducción bajo el título "Historia de la venganza de los cuarenta Ronin". Se estrenó en el teatro de titeres en 1748. Se trata de un hecho sucedido pocos años antes de haberlo escrito los autores, lo que aseguró su éxito en el estreno. Su argumento central es la venganza de cuarenta y seis samurais contra los asesinos de su señor. Luego de consumada la venganza todos se hacen el HARA-KIRI. En Tokio se les enseñaba a los viajeros— como en Verona la de Romeo y Julieta—la tumba donde yacen los cuarenta y siete Samurais, símbolos de fidelidad.

Pierre Loti describe el hecho en su bellísima obra "Japón", y Blasco Ibáñez también lo cuenta en una de sus novelas. El drama fue traducido al inglés por John Masefield bajo el nombre de *The faithful*, y del inglés se vertió al español.

El Japón es un país — como presunta cuna del sol— de indescriptibles bellezas, mil veces ensalzadas, bellezas que llenan de orgullo a los japoneses y que constituyen uno de los fundamentos de toda su armoniosa cultura pro-occidental.

Este país conformó su vida gloriosa dentro de los marcos de dos revoluciones claramente demarcadas en su hisotira. La primera irradiante de la China trinfadora y que levanta al Japón de un marasmo después de 600 años, para hacerlo penetrar con luz de aurora, como uno de los más fuertes ramales del árbol secular de la cultura china, en el páramo más fragante de la historia. Y la segunda revolución consistió en la exposición repentina, en el perenne manantial de la cultura de occidente, a través de los gloriosos festivales de Osaka.

Tal es el caso de Ihuma Dan — compositor, ensayista, científico, viajero mundial— a quien se debe una de las obras más famosas en su país, la ópera Yucuru (Garzas en el atardecer) que ha recorrido trinfante el mundo. En el Japón se le reconoce como un hombre del Renacimiento en este Siglo XX. Su ópera, que recoge lo mejor del folclor japonés, fue estrenada en 1962 y ya ha tenido más de 450 representaciones. Dan, es indudablemente, un apasionado del folclor de su tierra y dice: "La novedad y la originalidad son ciertamente activos para el

compositor: Mas, tengo a veces la impresión de que el compositor hace demasiado hincapié en la creatividad hoy día para provecho personal. Creo firmemente que la belleza es el elemento más vital de la música. Un canto que no sea bello, por novedoso y original que parezca, no durará largo tiempo si no encuentra sitio en los corazones de los oyentes”.

Así como se expresa el genial músico contemporáneo Ihuma Dan, mirando a su patria con la rota nostalgia de su alma estremecida, así queremos que en este día tiemble el Japón aquí con la serenidad silenciosa de su cano Fujiyama, cementerio de amores sepultados en el débil rugir de sus entrañas y su naciente sol, ensangrentado en la fiesta de luz de su eternal mañana perfumada.

II

LA POESIA EN EL JAPON

En poesía, aunque siempre en el círculo de la metáfora bella, el japonés es tan enigmático como el chino. Menos lírico, menos libre, no dio un poeta de la calidad de Li Po, ni un poeta agreste y eglógico como Wan Wei.

El Dr. Heriberto Pieter, mi maestro, gran clínico y cancerólogo y atildado escritor de poderoso acervo, enamorado del Japón y de su romántico Fujiyama, con sus famosas *Japonerías*, adopta en sus versos castellanos — menester lúdico de su alto quehacer científico — las formas poéticas de los géneros que florecieron en la tierra ideal del Sol Naciente.

Esos géneros — con los ejemplos de Pieter — son los siguientes:

El *tanka*, poesía estructurada con estrofas independientes de cinco versos y treinta y una sílabas repartidas como sigue:

1 verso	5 sílabas
2 "	7 "
3 "	5 "
4 "	7 "
5 "	7 "

Ejemplo:

*En la arboleda
a través de los sauces*

*brilla la luna
y en las pobres cabañas
siniestra oscuridad.*

Otra forma poética frecuente en el Japón es la de la quintilla pentasílaba:

*La noble cumbre
del Fujiyama
riela su albura
sobre el espejo
del lago azul.*

El hai-kai es la forma poética más conocida y consta de tercetos de diecisiete sílabas repartidas como sigue:

Primero y tercer versos	5	sílabas
Segundo verso	7	”

Como puede apreciarse en la siguiente estrofa del médico dominicano:

*Ven a mí, Taiko,
enjuga tu mejilla,
goza mis versos.*

Y, por último, el *choka*, es un poema largo de innumerables versos y sílabas.

Uno de los grandes poetas del siglo VIII japonés fue Tsuray Ki quien, quejoso de su pueblo y de sus gentes, escribió bajo un ciruelo esta amarga *tanka*:

*¡Mi pueblo! ¡Ah! No os conozco,
humanos corazones,*

*mas, donde vine al mundo
aún las flores exhalan
sus aromas de antaño. (*)*

Del siglo VIII son los poetas Oki Kase, Suto Kuin y la poetisa Idzumi Sikibu, ardiente mujer amorosa que canta con voz sonora y decidida fe pasional:

*Cuando vaya a partir, y de la muerte
sienta la mano fuerte
asirme en mi agonía,
iyo quiero verte! .*

*Y llevarme en mi última mirada
tu forma bien grabada
en la pupila mía.*

(Trad.: Carmela Eulate Sanjurjo.)

Pequeña joya de amor, insuperable. Verter en siete versos esta pasional confesión de un insaciable deseo que llega hasta la muerte, es nota de alta poesía romántica. Y románticos son en efecto los grandes poetas orientales del medioevo: Li Po, Tu Fu, Omar Khayan, El Kabir...

En el siglo IX sigue dando Japón poetas destacables, como Motokata y Mikunino Machi.

Fukayubo (anterior al siglo X), canta en su poema *Nieve*, son voz más que romántica, casi modernista, en una cuarteta maravillosa:

(*) Se trata realmente de una tamka, sólo que en la traducción castellana pierde sus metros.

*Flores blancas que caen, que caen de lo alto
antes de que el amargo invierno haya pasado,
¿Será, tal vez, que más allá del cielo
la Primavera haya por fin llegado?*

Trad: A. J. Gutiérrez Alfaro)

Bella joya de paradójico contraste entre las dos estaciones antagónicas. Todo está estructurado con sabiduría poética: la nieve que cae a la tierra como alados copos es plácida primavera del cielo. Nieve— flores blancas; invierno en la tierra— primavera en el cielo. Y la visión poética maravillosa en la música del alma que patentiza el pincel.

Otro poeta, presuntamente contemporáneo del anterior, lo es Oushincauchi Mitsume, panteísta también que se deleita ante la fiesta divina de la naturaleza. El poeta japonés pinta con palabras lo que el pintor poetiza con colores. Ama embrujado por el misterio divino de la naturaleza. Un arrobante hieratismo arrebató su alma entre arpegios de pasión y murmullos de canciones.

Del poeta Tsurayuki (siglo X) es esta estrofa poemática:

*Como en las montañas, cuando las nubes
descienden a tierra, entre tenue niebla
puedese ver la flor velada y blanca
de algún cerezo...
Así isólo así! , he visto a la que amo.*

(Trad: A. J. Gutiérrez Alfaro)

Y de la época son estos dos madrigales floridos y románticos:

*Para buscar mis hierbas en la sierra
tomé el sendero al monte en un día de abril,*

*mas rientes los cerezos derramaron
tal nevada de flores en la tierra
que me perdí.*

(Trad: Gutiérrez Alfaro)

Y este otro:

*Con hostil corazón los nuevos moradores
de la casa que un día fue mía, me acogieron,
pero de mí tal vez se acordarán las flores
porque me dan el mismo perfume que me dieron.*

(Trad: E. Diez Canedo)

Otros poetas: Sosei, Tomori, Kino Toshisada, Yoruka, Yasuhide, Ota Dokwan (1433-1486) y Kusoni Masatsura (siglo XV).